

cimientos ha puesto demasiado en claro los resultados de semejante conducta para que sea excusable nadie que en adelante la siga. Hubo un tiempo en que algunos católicos poco avisados, ó seducidos quizás por el prurito de hablar con entera libertad manifestando un espíritu superior á las preocupaciones vulgares é inaccesible á la lisonja, pudieron creer que no era mucho el daño que ocasionaban, dando á luz escritos que sin reparo habrían podido adoptar como suyos los protestantes y los incrédulos. Pero en la actualidad la situación se ha aclarado de tal manera, se ha manifestado con tanta evidencia cuál era el blanco de los que aplaudían estrepitosamente estas publicaciones, que la falta de circunspección es un verdadero delito á los ojos de Dios.

Es ya muy consolador para un ánimo fiel y piadoso, el observar que se van convenciendo de estas verdades todos los hombres de intenciones leales y sinceras. Fijese la atención sobre el lenguaje de los escritores católicos, y se notará que se van desviando del errado camino de insistir demasiado sobre ciertos puntos en los que les parecía desahogar inocentemente su celo, cuando en realidad contribuían al descrédito de las instituciones más augustas, y por tanto dañaban gravísimamente los intereses de la fe católica. Antes de los horrorosos acontecimientos presenciados en revoluciones recientes, habían llegado las cosas á un punto escandaloso; siendo difícil de concebir cómo se había apoderado de los ánimos tan funesto prurito de exageración y maledicencia.

Es menester desengañarse; si se declama mucho contra los Papas, al fin se vendrán á suscitar dudas sobre la legitimidad del vicariato que ejercen; si se habla incesantemente contra sus pretendidas usurpaciones temporales y espirituales, al fin se llegará á poner en cuestión su primado de jurisdicción y de honor. No ignoramos lo que á esto suele responderse, no desconocemos que los vicios y las faltas de un Papa nada tienen que ver con el pontificado; pero tampoco se nos oculta que cuando las cosas se

llevan hasta cierto punto, hay distinciones que es más fácil hacerlas de palabra que de corazón, y que cuando nos hayamos acostumbrado á mirar á una serie de hombres con aversión y desprecio, no se nos hará difícil el atacarlos como Vicarios de Jesucristo.

Cuando ocurra calificar los procedimientos de este ó aquel Papa, cuando sea menester designar y condenar un abuso que en este ó aquel tiempo se hubiere introducido, quien sienta que su pluma destila amarga hiel, quien llevado por el celo indiscreto se exalte en demasía, y se deje arrastrar á expresiones exageradas, recuerde que un protestante nos ha dado el ejemplo del respeto con que debe hablarse de la Iglesia, y que no sólo no ha tenido reparo en desaprobár su anterior conducta, sino que antes bien ha llegado á exponernos con la mayor sencillez los motivos que le hacían obrar de aquella suerte, sin callar ni aun aquellos en cuya ocultación se interesaba vivamente su amor propio. Al reflexionar sobre la elocuente y saludable lección que resulta de hecho tan singular como el que hemos consignado, ocurrenos naturalmente aquella profunda sentencia de S. Agustín, á saber: que Dios es tan bueno, que no permitiría el mal, si del mismo mal no pudiera sacar un bien.

EL HUERTO DE GETHSEMANÍ.

I.

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lúgubres resplandores, parecía en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteón, donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda algunas estrellas cuya vibrante luz se eclipsaba de vez en cuando con el bri-

llo del astro nocturno; la ciudad de David, sus baluartes, sus encumbradas torres, sus alcázares, su templo, presentábanse confundidos en tenebroso grupo, cual fúnebres espectros que en las sombras desplegaran sus miembros de gigante. Los metales heridos por los rayos de la luna, relumbraban tal vez con algún reflejo, como feble llamada que se exhala de la lobreguez de las tumbas, ó siniestro fulgor de acero blandido en las tinieblas. Las aguas del Cedrón murmulaban sordamente, y los ecos del valle respondían al ruido: hubiérase dicho que los reyes enterrados allí despedían algún lamento desde la hondura de sus sepulcros.

II.

Con ala medrosa, leve airecillo osa sacudir apenas las ramas de los árboles; divisanse tres hombres en un grupo, que medio tendidos en el suelo, manifiestan dificultad de mantenerse velando. ¿Qué hacen allí? ¿son viajeros extraviados á quienes sorprendiera la noche en medio de su camino? ¿abrigaban quizás malvada intención, acechando el momento oportuno de satisfacer una venganza, ó de acometer al desprevenido viandante?... Más allá, no muy lejos, cuanto alcanza el breve trecho de una piedra arrojada, descúbrese una sombra inmóvil.... Acercaos; véreisle en humilde compostura, hincado de rodillas, orando con fervorosa plegaria; pintado en su semblante el raudal de tristura y de dolor que inunda su angustiado pecho: su alma está triste hasta la muerte. Tiene á su vista el cáliz do rebosa la terrible justicia de un Dios indignado: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Levanta al cielo sus ojos, y dirigiéndose al Padre celestial, con inefable ternura le dice: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya»; así dijo, y sumido otra vez en el silencio de la meditación, apuraba ya en espíritu las acerbos heces del cáliz más terrible.

III.

Entre tanto no olvida su amor á sus predilectos discípulos: se levanta, se les acerca, y reconviéndolos con dulce cariño, les exhorta á que velen con él siquiera un momento: «¿Una sola hora no pudisteis vigilar conmigo?» Indulgente, se aparta el mansísimo Cordero, los deja que disfruten de reposo, mientras él para salvarnos tiene destrozado el corazón. Enderézase de nuevo al punto escogido, y comenzando otra vez la sentida plegaria, invoca á su Padre celestial para que aparte si es posible el formidable cáliz. Y otra vez se les acerca, y los encuentra también dormidos; y dejándolos, torna de nuevo á orar, para que pase de él, si es posible, el amargo cáliz; pero de tal manera, que no se haga su voluntad, sino la de su Eterno Padre.

IV.

¡Qué pensamientos tan dolorosos ocupan su mente! ¡qué agobio tan angustioso oprime su pecho! ¡qué congojas de mortal agonía despedazan su alma, pues copioso sudor de sangre baña el sacro rostro y corre en arroyo hasta el suelo! ¡Ay! que está viendo del Gólgota la horrorosa cumbre, y la afrentosa muerte del madero, y la burla del soldado, y el escarnio y feroz insulto del despiadado fariseo! ¡Ay dolor! y está viendo también las angustias de una Madre amorosa, que sin alivio, sin consuelo, sin amparo, andará confundida entre las oleadas del numeroso pueblo, oyendo los furiosos alaridos de una plebe sedienta de sangre! De una Madre que está oyendo el ruido de las armas y el sonar de las trompetas, y sufriendo el brutal empujón del satélite que con desprecio y altivez le veda acercarse al Ajusticiado! Marcha á morir, á padecer el último tormento; pero conserva apenas la figura de hombre; no tiene parte sana, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Le desnudan, dislocan sus

huesos de manera que pudieran contarse; echan la suerte sobre sus vestidos, le retan á que descienda de la cruz y se salve.....

V.

Pero ¡ah! que no son únicamente los dolores que va á sufrir su cuerpo lo que llena hasta rebosar el terrible cáliz de amargura. El porvenir preñado de infaustos sucesos, negro como nube tempestuosa, prometiendo todavía triunfos al infierno, merced á la ceguera y perversidad del hombre, se despliega con toda claridad á los ojos de Jesús; y la luz divina que penetra hasta lo más hondo de aquella obscuridad, sirve á presentar en toda su viveza la ingratitud y los crímenes que desperdiciarán para tantos y tantos el infinito precio del rescate pagado con la sangre de un Dios.

VI.

¿Veis cuál destrozan la túnica inconsútil las sacrílegas manos de un soberbio, que con vano cavilar atenta contra el cielo, blasfemando de aquella *Generación* que la lengua del mortal no puede narrar, de aquel Verbo que era ya en un principio, y estaba ante Dios, y era Dios, por quien se han hecho todas las cosas? ¿no veis cómo en la astuta maraña se encuentra enredado el mundo entero, y asombrado del error en que ha caído, se apesara y gime? ¿no veis cómo beben el mortífero veneno numerosos pueblos llamados á la luz de la verdad, preparando larga serie de desastres á la Esposa del Cordero? De entre los escombros de escuelas pulverizadas renacen como pestíferos insectos los febriles delirios que en su fiera altivez apellidara el hombre prodigios de concepción vasta y elevada: el Hijo de Dios padece y muere para iluminar y salvar el mundo; y la vanidad, y el orgullo, y la ambición se conjuran para hacer inútiles tanta dignación y misericordia!.....

VII.

Allá en la ilustre Bizancio, inmortalizada por Constantino, está mirando al hombre de perdición que vano de su saber ostenta los dones que le otorgara el cielo. En la cátedra de almo templo, revestido con pomposa magnificencia, enarbola el estandarte del cisma, arrastrando gran tropel de pueblos que, extraviados por la señal pérfida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la Cátedra de la ciudad eterna. ¡Oh! ¡quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaría el corazón del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el transcurso de largos siglos! ¡quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto error é insensatez, tanta ilusión y seducción, tantos medios, tantos afanes y fatigas para perder millones de almas! ¡quién considerara la vanidad, la disipación, la corrupción, el fraude, la violencia, la injusticia, los odios, las venganzas, reinantes todavía entre los cristianos; ellos que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

VIII.

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires; del Occidente desvía tus ojos; no contemples cual rompen con desprecio tus leyes más sagradas, cual despedazan de tu Esposa el seno, cual ¡ingratos! olvidan hasta el ternísimo recuerdo de amor que á los humanos dejaste en la víspera de tus tormentos y de tu muerte. No contemples cual dispersan tu rebaño lobos rapaces; cual en nombre tuyo siembran entre hermanos discordia horrible; cual á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando días de luto y llanto.

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? no: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana del celeste mensajero. Debilísimos reflejos despide la visión maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la misión tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando hincada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios; ya le habla; ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente lejos..... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo.....—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de Mayo de 1843.)

SITUACIÓN DEL CLERO ESPAÑOL

Y URGENTE NECESIDAD DE UN CONCORDATO.

ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Dijimos en el número anterior, que era conveniente separar en cuanto posible fuese, las cuestiones eclesiásticas de las políticas; y que era muy arriesgado el asentar por inmutable base, la necesidad de aplazar la resolución de las primeras, hasta que las segundas estuviesen decididas en todas sus partes. Las razones que á esto nos inclinan están ya expuestas; y resumiéndolas en dos palabras pueden reducirse á que no existe una necesaria dependencia entre estas dos cuestiones; que las políticas podrían prolongarse indefinidamente, y llevan visos de no tocar todavía á su fin; que la misma resolución de las políticas no fuera una segura garantía de la satisfactoria resolución de las eclesiásticas; que en esto podríamos tener adversarios en lo interior, y recibir dañosas influencias de lo exterior.

Ha llegado el abatimiento del culto y clero á un punto tan alarmante, es tal la complicación que se ha formado